

■ Exequias privadas y funerales de estado por Carlos I/V: Yuste y Bruselas (1558)

Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla

Si el estudio del ritual funerario ha venido resultando un campo de investigación fascinante para el historiador del Arte y el modernista, cuanto más si el protagonista del mismo es un personaje tan carismático y seductor en tantos aspectos como el emperador Carlos I/V, quien llegaría a disponer incluso un improvisado anticipo o «ensayo» de sus funerales poco antes de su muerte. El presente trabajo se detiene precisamente en el análisis de los componentes religiosos, sociológicos, políticos, artísticos y culturales que rodearon la celebración de las exequias imperiales en Yuste y Bruselas en 1558, contraponiendo a la austeridad, privacidad y sencillez de las primeras, la espectacularidad y el derroche de boato de las segundas.

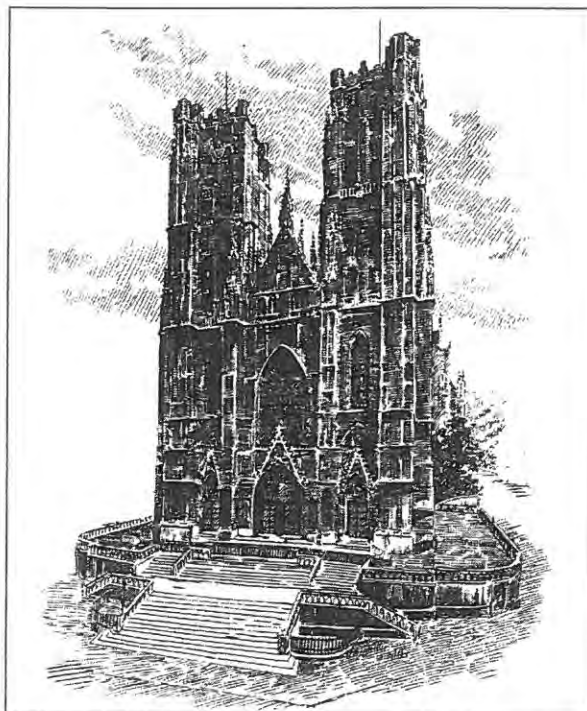
For Art and Modern History historians, study of funerary rites and obsequies is an fascinating subject of investigation, specially when the protagonist of them is someone so interesting and charming such as Emperor Charles I/V, who even was present in a requiem mass officiated for himself shortly before his own death. This article analyzes religious, social, political, artistic and cultural context around of imperial obsequies celebrated in Yuste (Spain) and Brussels in 1558. The author sets against and compares sobriety and simplicity of the first with spectacular and sumptuous scenography of the second obsequies.

INTRODUCCIÓN

La muerte es el único acto de la existencia humana en que el hombre se encuentra sólo; definitivamente sólo. Desnudo de la humanidad que deja, y desamparado en esos umbrales del misterio al que llega. Internamente las explicaciones ónticas de este hecho natural (consuelo afectivo, pruebas de razón), son elaboraciones mentales provenientes de las creencias religiosas y filosóficas en las que los espectadores se sitúan. Desde el punto de vista externo, los actos posteriores al

CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Javier: «Exequias privadas y funerales de estado por Carlos I/V: Yuste y Bruselas (1558)», en *Boletín de Arte* nº 22, Universidad de Málaga, 2001, págs. 15-43.

1. Bruselas, Catedral de San Miguel y Santa Gúdula (1226-siglo XV). Fachada Principal, obra de los maestros Van der Eycken y Van Ruysbroeck



fallecimiento de una persona entran directamente en el apartado del rito funerario, integrado por unos componentes religiosos y sociológicos, artísticos y culturales, que varían y se adecuan a la persona, al lugar y a las circunstancias, pero dentro de una estructura fija.

Pocos actos han mantenido el hombre de forma estable como el ritual fúnebre; de tal forma, que los pueblos han generado un modelo cultural que repiten inconscientemente en cada una de las civilizaciones con muy pequeñas variaciones a través del tiempo.

Las honras fúnebres de Carlos I/V tuvieron diferente tratamiento y resultados según analicemos el lugar de la celebración. Por un lado están las exequias del monasterio de Yuste (íntimas, directas, sentidas), y las de la catedral de Bruselas (públicas, diferidas, oficiales), que son lo mismo que las celebradas en otros lugares (Valladolid, Roma, Alcalá, Lisboa, Zaragoza, Viena, Sevilla, México, Santiago, Nápoles, Colonia, Milán, Lima, Budapest, Londres, Plasencia... y Constantinopla).

Aunque los objetivos de ambos bloques -privado y público- sean distintos y obedezcan a criterios diferentes, se puede observar que existen en ellos proximidad estructural, lo que viene a ratificar que estamos ante un esquema común. Cambiará la suntuosidad del marco de la celebración, el desarrollo de las ceremonias, las partes de los oficios, los elementos ornamentales y la categoría de los asistentes, pero el modelo que subyace es el mismo.

ENSAYO DE SUS OBSEQUIAS (31-VIII-1558)

Las noticias del hecho parten de fuentes jerónimas, cuyo autor fue testigo presencial de los acontecimientos; nos referimos a Fray Hernando del Corral'. Este es el escueto relato del hecho:

Todo ello se hizo como Su Majestad lo mandó, asistiendo Su Majestad a todos los oficios, junto al altar mayor, fuera de su aposento. Y, acabadas todas estas obsequias de sus padres y mujer, dijo al padre fray Juan Regla:

—También querría hacer las mías, y que las viese yo y me hallase presente en vida a ellas: ¿qué os parece?

Entonces, el buen fray Juan Regla se enterneció mucho, y comenzó a llorar, y no pudo responder sino con lágrimas. Y, vuelto en sí, le dijo como pudo:

—¡Viva vuestra Majestad muchos años, plega a Dios, como deseamos: no nos quiera vuestra Majestad anunciar su muerte antes de tiempo!

Tornóle el emperador a decir:

—¿No os parece que me aprovecharán?

—Sí aprovecharán, por cierto, señor, porque cualquiera obra buena, si se hace como debe, aprovecha.

—Pues dad orden —dijo Su Majestad— que se comiencen esta tarde.

Y así se hizo, poniéndose un túmulo en la capilla mayor, cercado de muchas hachas y velas, más en número que las pasadas. A las cuales también quiso Su Majestad hallarse presente, con sus criados vestidos de luto todos. Que fue, para los que esto vimos, un espectáculo muy grande y cosa nueva, por ser en vida del personaje que aún vivía. Que cierto nos quebrantó el corazón ver tal cosa, que un hombre quisiese enterrarse cuasi en vida y hacer sus honras antes que muriese. Unos y otros lloraban, viéndose vestidos con sus lutos².

El gran historiador jerónimo Fray José de Sigüenza será el que de a conocer el suceso en su monumental obra, reproduciéndolo casi al pie de la letra³.

En la segunda mitad del siglo XVIII, presintiéndose ya la reacción al racionalismo ilustrado, y con tanta carga subjetiva como arrastrará, alterando notablemente la verdad del hecho histórico, W. Robertson, situado en un claro prerromanticismo describe así la escena con toda la fuerza de una representación dramática:

Resolvió —dice— celebrar sus propias exequias antes de su muerte. Por su orden fue erigido un catafalco en la iglesia del monasterio. Acudieron sus criados en procesión funeraria, llevando negros hachones. El mismo Carlos seguía envuelto en un sudario. Se colocó en su ataúd con mucha solemnidad y se cantó después el oficio de los muertos. Carlos se unió a las oraciones recitadas por la salud de su alma, mezclando sus lágrimas a las que vertían los criados de su casa, como si hubiesen celebrado los auténticos

¹ *Historia breve y sumaria...* Para los avatares del manuscrito, cfr. SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud postrimera de Carlos V*, Cáceres, Jefatura Provincial del Movimiento, 1958, t. II, págs. 73-79, que también edita y anota la obra. Siempre citaremos por esta edición

² *Ibidem*, págs. 124-125.

³ *Tercera Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2000, t. II, págs. 170-171, ed. de J. Campos. Siempre citaremos por esta edición.

*funerales. La ceremonia se terminó con la aspersion de agua bendita sobre el ataúd, según las rúbricas, y, habiéndose retirado todos los asistentes, se cerraron las puertas de la iglesia. Entonces Carlos salió del ataúd y marchó a su aposento, lleno de los sentimientos de terror que una tan singular ceremonia era capaz de inspirar; pero la duración fatigosa del acto y la impresión causada en su ánimo por la imagen de la muerte, le afectaron de tal manera, que al día siguiente fue atacado de una violenta calentura, a la que su feble constitución no pudo resistir*⁴.

La obra de Robertson alcanzó notable éxito; fue inmediatamente traducida a varios idiomas (francés, italiano, español, alemán, ruso y árabe); las sucesivas ediciones de la obra en el siglo XIX⁵ hacen que otros autores encuentren sugerente este tema para seguir alterando el hecho hasta describirnos una escena terrorífica, con un Carlos V desequilibrado y encerrado en un ambiente lúgubre, muy distante del ameno grupo cortesano que le rodeó en la apacibilidad de aquel palacete, cabe al monasterio jerónimo en la Vera cacereña⁶.

Entonces surge la polémica. D. Manuel González, canónigo de la catedral de Plasencia⁷, tratando de reivindicar la figura del emperador en su retiro de Yuste, niega el ensayo de las exequias monásticas basándose en el silencio de los testigos civiles de los últimos días del emperador, teniendo en cuenta que eran personajes altamente cualificados, que sin embargo suministraron abundante información, como

⁴ Citado por SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, op.cit., pág. 631.

⁵ En Inglaterra 7 ediciones, y otras varias en Estados Unidos; la edición española, Madrid 1821, 4 vols.

⁶ *Las privaciones y la enfermedad acabaron por alterar las facultades de su espíritu cada vez más sombrío. Un día, el 20 de septiembre de 1558, en un acceso de negra melancolía, tuvo el aciago pensamiento de querer ser testigo de sus exequias. Los monjes de San Justo celebraron, por su orden, la lúgubre ceremonia en la iglesia del convento, mientras que él mismo, envuelto en un sudario y echado en un ataúd, unía su voz apagada a la de los religiosos, que salmodiaban el oficio de los muertos. Tras la absolución, todos los asistentes se retiraron y dejaron solo en la iglesia al monarca que había deseado enfrentarse con esta imagen terrible de la muerte. Sus deseos estaban cumplidos; su existencia no se hallaba ya ligada a la tierra. Levantándose como un espectro, fue a postrarse al pie del altar; después, embargado de un delirio espantoso y de una fiebre ardiente, regresó a su celda, donde expiró al día siguiente.* DUHAMEL, V., *Histoire constitutionnelle...*, op.cit., t. I, págs. 356. Edición española, Madrid 1845-1846. Obsérvese los errores fácilmente detectables: monjes de San Justo por San Jerónimo; alargar el hecho hasta el 20 de septiembre cuando los PP. Corral y Sigüenza dicen que fue el 31 de agosto, etc.

⁷ Fue también archivero de Simancas durante el reinado de Fernando VII. *Hallando en ellos [documentos] perfectamente consignados con los datos auténticos todas las acciones de la vida pública, y muchos de la vida privada, del emperador Carlos V, desfigurados torpemente en las historias que se han escrito de su persona y dominación... tuve el aliento y temeraria osadía de proyectar escribir documentalmente su historia, afirmándola en los diplomas oficiales.* «Prólogo» a la *Breve idea de los documentos...* Texto, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, op.cit., t. III, pág. 1.

fueron el mayordomo Luis de Quijada, el secretario Martín de Gaztelu y el médico personal Enrique Matisio⁸.

La fiabilidad de las fuentes religiosas está fuera de duda, por evidentes; muy sencillo es el razonamiento que emplea T. Juste para defender la crónica jerónima del P. Corral: *Se halla impregnada de un carácter de tan grande veracidad (pues el narrador habla como testigo de vista), es un escrito de tal candor, que nos parece lógico admitirlo, a menos de poner igualmente en duda todos los otros hechos consignados en los documentos escritos por los monjes de S. Jerónimo. Por lo demás, no vemos qué interés habría impulsado a los religiosos para inventar un episodio tan notable*⁹.

Con una lectura más reposada de las historias jerónimas, W. Stirling acepta que se celebraron los oficios litúrgicos sin la actuación fantasmagórica del César¹⁰; V. de la Fuente, siguiendo a T. González y las fuentes que él utiliza —correspondencia de Quijada, Gaztelu, Matisio y Vázquez de Molina— le lleva a la misma conclusión de negarlas¹¹. El prior de Yuste, Fray Martín de Angulo puso por escrito la estancia del emperador en Yuste a instancias de la princesa D^a Juana. El manuscrito se ha perdido; nada extraño puesto que pasó por manos de bastantes historiadores que tomaron de él información para sus respectivas obras¹². D. Vicente Barrantes es quien le da el título con el que lo conocemos¹³, y basándose en los autores que le copiaron, ha sido reconstruido por D. Sánchez Loro, que toma por texto base la copia hecha por D. Francisco González y Andía, marqués de Valparaíso¹⁴. En esta biografía

⁸ También niega estas absurdas exequias que jamás se celebraron, J. Cadenas y Vicnet, en *Diario del Emperador Carlos V*, Madrid, Hidalguía, 1992, pág. 404. IDEM, *Carlos de Habsburgo en Yuste (3-II-1557 / 21-IX-1558)*, Madrid 2000, págs. 135-138. Recuérdese que casualmente esos días estuvieron ausentes del monasterio los tres testigos: Quijada y Gaztelu, en Cuacos; Matisio, en Jarandilla. Detalles verificados por D. Sánchez Loro, cfr. *La inquietud*, op.cit., t. I, págs. 332-333, nota 13, y razonado minuciosamente, en *Ibidem*, t. III, págs. 626-631. L.P. Gachard también comparte la opinión de que los oficios pudieron celebrarse, sin los otros aditamentos macabros.

⁹ *L'Independance Belga*, 20-II, 7 y 18-IV-1855. Citado por SÁNCHEZ LORO, D., *La Idea*, op.cit., t. III, pág. 628.

¹⁰ *The cloister life of the Emperor...*, London, Parker and son, 1852, pág. 194.

¹¹ *Nosotros, que hemos invertido buena suma de tiempo en examinar con minuciosa prolijidad los documentos auténticos que pudieran darnos luz sobre un suceso que tanta celebridad ha adquirido, podemos asegurar que no hemos hallado uno sólo que indique siquiera ni de ocasión a sospechar la certeza del hecho... hemos tenido la paciencia de examinar la correspondencia diaria de agosto y de septiembre... En ninguna de ellas se encuentra una palabra que directa e indirectamente se refiera a tales honras fúnebres.* *Historia General de España*, Barcelona, Montaner y Simón, 1888, t. IX, págs. 142 y 143.

¹² El P. Sigüenza, el obispo Sandoval, el marqués de Valparaíso y el conde de la Roca.

¹³ «Vida y fin que ha tenido la cesárea, sacra y real majestad de nuestro señor don Carlos, en este monasterio de San Jerónimo de Yuste». *Aparato bibliográfico para la Historia de Extremadura*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Pedro Núñez, 1877, págs. 157.

¹⁴ *La inquietud*, op.cit., t. II, págs. 21-69.

del emperador no se dice nada de las obsequias, cuando cuenta cómo Carlos I/V mandó un día que le llevaran un retrato de la emperatriz que luego ordenó poner en su cuarto, junto con una tabla de la Oración del Huerto y el cuadro de Tiziano del Juicio Final¹⁵; según lo refieren los PP. Corral y Sigüenza, fue el día 31 de agosto por la tarde, después de haber finalizado ceremonia de sus funerales¹⁶.

Sin embargo, lo que si refiere Fray P. de Sandoval en su crónica es que le *dijeron por cosa muy particular de este príncipe, que muchos años trajo consigo el ataúd en que había de ser puesto, y se lo ponía debajo de su cama. No se si es cierto; se que lo hizo su abuelo Maximiliano. El prior no lo dice*¹⁷.

Volviendo al relato de Fray Hernando del Corral, hay que recordar que la celebración de exequias en vida enlaza con una costumbre de la Iglesia hispanovisigoda, prohibida en el XVII Concilio de Toledo (694), y era práctica admitida por los teólogos de otras Iglesias, cuando se hacía como plegaria por el alma¹⁸, aunque no se extinguió la práctica puesto que no muchos años antes las había celebrado el Deán y Protonotario de la catedral placentina, D. Diego Gómez, consejero de los Reyes Católicos y servidor de los duques de Plasencia, pudiendo haber conocido el hecho el emperador y haber servido *al César del mundo de meditación y ejemplaridad*¹⁹.

Sin patetismo, sin escenografía de ultratumba, lo que Carlos I/V celebra es una misa de réquiem para la que se ha colocado el túmulo correspondiente —como en las misas de difuntos, y se han vestido de luto los miembros de su casa y servidores—, aplicándose la intención por su alma. *Salió a ofrecer su vela en las manos del sacerdote, como si pusiera en las de Dios el alma*²⁰. Visto con ojos

¹⁵ ANGULO, M. de, *Vida y fin...* Texto, en SÁNCHEZ LORO, D., en *La inquietud*, op.cit., t. II, pág. 47. Siempre citaremos por esta edición.

¹⁶ CORRAL, H. del, *Historia breve*, pág. 127; SIGÜENZA, J. de, *Tercera Parte de la Historia*, pág. 171.

¹⁷ Y continúa: *Tráelo un padre bernardo en el libro que compuso intitulado Monarquía mística de la Iglesia; en el símbolo quinto, folio 79, dice que seis años antes que muriese hizo hacer su mortaja, y la trajo consigo, y cita a Pedro Gregorio, lib. 6, cap. III, pág. 8, y entiendo que ambos se engañan, porque cosa tan notable como aquí digo no la callara el prior de Yuste, que por tan menudo cuenta su vida y muerte en el monasterio. Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956, t. III, págs. 506-507, ed. de C. Seco Serrano. Siempre citaremos por esta edición. El autor de ésa obra fue Fray Lorenzo de Zamora, en la edición de Alcalá de 1603, parte II; referente a Pedro Gregorio y su obra, no lo hemos localizado. ANGULO, M. de, *Vida y fin*, pág. 52.

¹⁸ Enumeración de otros casos, con cita de fuentes, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, op.cit., t. III, pág. 630.

¹⁹ IDEM, *Ibidem*, op.cit., t. I, pág. 334. *Exequias en vida que mandó hacerse el Deán Placentino Don Diego de Jerez*, Archivo de la catedral de Plasencia, leg. II, nº 34, y leg. XIII, nº 44. Texto, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, op.cit., t. II, págs. 433-466.

²⁰ SIGÜENZA, J. de, *Tercera Parte de la Historia*, pág. 171.

seculares y posmodernos no deja de causar sensación, incluso magnificada desde una interpretación psicoanalítica; sin embargo, en la mentalidad de las gentes europeas del siglo XVI, donde la muerte es una realidad presente en sus vidas, que oprime por el trance que implica su experiencia, y a la que se le teme por las consecuencias que supone cruzar esa barrera y encontrarse con la presencia de un juicio severo, como anuncian los teólogos y predicadores de la época. «Dies irae», según afirma la secuencia de la misa de difuntos; y con bellas palabras nos recuerda Jorge Manrique: *Vuestro corazón de acero / muestre su esfuerzo famoso / en este trago, o No se os haga tan amarga la batalla temerosa / que esperáis*. No era, pues, tan descabellado, pensar en este tipo de ejercicios, que lo que pretendían era impetrar la misericordia de Dios para aquel trance.

LAS EXEQUIAS DE YUSTE (21/23-IX-1558)

Las horas que preceden a la muerte del emperador son dramáticas, no solamente por el fin inmediato que se avecina (aceptado por todos menos por el fiel Quijada que esperaba un milagro), sino por la tensión larvada —y no tanto— que reina entre los testigos, sobre todo en el confesor Fray Juan Regla, auténtico señor de la situación, y el arzobispo Carranza, recibido con cierta reticencia por el propio Carlos I/V y con notoria hostilidad por el monje jerónimo²¹.

Engañado estaba el Primado de las Españas con el peso e influencia de su mitra²², sin darse cuenta del poder y la eficacia de los hilos del Santo Oficio manejados con odio por el Inquisidor General don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla²³; de la enconada envidia intelectual generada intramuros conventuales por su hermano de hábito Fray Melchor Cano²⁴, y de las antiguas heridas abiertas en Trento con Fray Juan de Regla que estuvo como teólogo del arzobispo de Granada don Pedro Guerrero²⁵.

²¹ GARCÍA SIMÓN, A., «Carranza en la muerte erasmiana del Emperador», en *El ocaso del Emperador. Carlos V en Yuste*, Madrid, Nerea, 1995, págs. 139-147; KOHLER, A., «¿Muere el Emperador como luterano?», en *Carlos V, 1500-1558. Una biografía*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons, 2000, págs. 388-393.

²² No es nuestro propósito analizar la figura de Carranza y la trascendencia que supondrá para su futuro inmediato las horas pasadas en Yuste. Cfr. los estudios clásicos: SAINZ DE BARANDA, P., «Noticia sobre la vida de D. Fr. Bartolomé Carranza», en CODOIN, t. V, págs. 389-584; MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1978, t. II, págs. 5-26 TELLECHEA IDÍGORAS, I., *El arzobispo Carranza y su tiempo*, Madrid, Guadarrama, 1968, 2 vols.

²³ NOVALÍN, J.L.G., *El inquisidor general Fernando de Valdés (1483-1568). Su vida y su obra*, Oviedo 1968, 2 vols.; VARIOS, *Valdés-Salas. Actas del Simposio con motivo del IV Centenario de su fundador D. Fernando de Valdés. (1483-1568)*. Su personalidad, su obra, su tiempo. Oviedo, Universidad, 1968.

²⁴ CABALLERO, F., «Cano y Carranza», en *Vida de Melchor Cano*, Madrid, Sordomudos, 1871, págs. 315-345.

²⁵ SIGÜENZA, J. de, *Tercera Parte de la Historia*, págs. 369-371.

Con evidente tensión Carranza rompió el cerco de Fray Juan de Regla que le impedía pasar a los aposentos donde agonizaba el emperador (*sin pedir licencia entró el arzobispo*²⁶), y parece ser que le dio la absolución al moribundo sin haberle escuchado en confesión, *lo cual a este testigo pareció que era burlar el sacramento o usar mal del, porque ignorancia no la podía presumir*²⁷. Por la madrugada se aconsejó al arzobispo que se retirase del lecho porque su voz pesada angustiaba a Su Majestad acercándose, quedándose junto al moribundo su predicador el P. Francisco de Villalba de voz susurrante, *por lo cual se apartó de allí el arzobispo a un rincón del aposento*²⁸.

Una vez que hubo fallecido Su Majestad, junto a las lágrimas sinceras de los pocos fieles que le rodeaban, se puso en funcionamiento la maquinaria oficial. Inevitablemente. No sólo había fallecido el hombre Carlos de Gante; había muerto el emperador de dos mundos²⁹.

Bajo la atenta mirada de don Luis de Ávila y Zúñiga, don Luis de Quijada y don Martín de Gaztelu, y en la más estricta intimidación, los médicos, cirujanos y barberos embalsamaron el cuerpo del emperador. Los cronistas jerónimos de Yuste no son muy explícitos, aunque dejaron entrever que fue embalsamado. El P. Martín de Angulo dice que *aquel día y el siguiente hasta la tarde [madrugada y mañana del día 21], estuvieron aderezando el cuerpo*³⁰; el P. Hernando del Corral asegura que tras la muerte del emperador, *quedaron en guardia del cuerpo cuatro religiosos. Y yo fui uno de ellos. Y estuvimos guardándole hasta las doce horas del día, que los barberos y cirujanos de Su Majestad entraron y nos dijeron que nos fuésemos, porque le querían componer*³¹.

¿Se embalsamó completamente, no habiendo dicho nada en el testamento y habiendo dejado escrito que todo se haga «sin pompa», y sabiendo que en vida no se había hecho nada con el cadáver de su muy amada esposa? ¿Se hizo sólo algo sencillo a criterio de los albaceas, puesto que les había dado libertad? Un hecho evidente es que el cadáver de Carlos I/V está momificado, pero recuérdese también la decisión de Quijada y Gaztelu de enterrarle al tercer día *sin aguardar más [el novenario], porque olía mal*, según dice el P. Corral³².

²⁶ CORRAL, H. del, *Historia breve*, pág. 129.

²⁷ Testimonio de Fray Juan de Regla a la Inquisición, efectuado el 9-XII-1558. Texto, en MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de los Heterodoxos*, op.cit., t. II, pág. 19.

²⁸ CORRAL, H. del, *Historia breve*, pág. 130.

²⁹ Seguimos fielmente las crónicas jerónimas, por lo que excusamos de citarlas a cada paso, cfr. CORRAL, H. del, *Historia breve*, págs. 134-142; ANGULO, M. de, *Vida y fin*, págs. 51-66.

³⁰ *Vida y fin*, pág. 51.

³¹ *Historia breve*, pág. 134.

³² *Historia breve*, pág. 140.

Cuando en 1654 Felipe IV ordenó el traslado de los monarcas al definitivo panteón de reyes en el Escorial, se cambian los restos a nuevos féretros, y entonces se comprueba que el cadáver del emperador está momificado³³. Testigo de todo esto es el P. Santos, que, en su Historia explica los acontecimientos en clave providencialista, y atribuye la conservación del cuerpo de Carlos I/V a un especial favor divino, como premio a su humildad por haber renunciado a la corona y haberse retirado a vivir como un monje, negando el hecho del embalsamamiento. Estas son sus palabras:

Piadosamente arguían, que este efecto raro de su permanencia, podía ser premio de su vivir; concedido de la Divina Providencia, como a los que por sus virtudes se ganaron el privilegio de Cuerpos Celestiales. Esto les hacía más fuerza, que lo que discurrían por las causas naturales, que no hallaban ninguna a quien pudiesen atribuir aquella tan prodigiosa operación, ni al temperamento del cuerpo, que había sido tan combatido de achaques en la vida, especialmente de la gota, ni la calidad de la tierra en que estuvo sepultado en Yuste, que allí sólo estuvo catorce años, y son muchos los que faltan hasta noventa y seis, en que es forzoso buscar otro principio. Acordábanse también, que al pasar de esta vida, fue voluntad de el César (como se refiere en la Historia de su muerte) que sin abrir su cuerpo, ni tocarle, envuelto en unas sábanas y lienzo, le pusiesen en una caja, y de esta manera le enterrasen. Por otra parte veían, que allí no tenía señales de embalsamado, sino es con los bálsamos que usan los monjes en la soledad y desierto, que son las yerbas olorosas de el campo³⁴.

Fue amortajado con un sencillo lienzo blanco sobre el que depositaron unas pequeñas ramas de tomillo de la Vera para que el aroma de Extremadura acompañara a sus restos mortales como eterno testimonio de cariño³⁵. El cadáver fue colocado en un ataúd de plomo y encerrado en otro de madera de nogal³⁶.

³³ En 1870 se abrió de nuevo el sarcófago. Se hicieron varios dibujos, por ejemplo el de Palmaroli, reproducido en «La España de Carlos V», de M. Fernández Álvarez, t. XX de la *Historia de España*, de R. Menéndez Pidal, Espasa-Calpe, Madrid 1979, pág. 942; también dibujó la momia M. Rico, publicada en *La ilustración española y americana*, y reproducido en VARELA, J., *La muerte del rey*, Madrid, Turner, 1990, fig. 24.

³⁴ SANTOS, F. de los, *Cuarta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, en la Imprenta de Bernardo de Villa-Diego, 1680, pág. 182. Repite la misma idea en la *Descripción del Real Monasterio*, Madrid, en la Imprenta de Bernardo de Villa-Diego, 1681, pág. 140v: *bien se pudo sospechar, que honrado con sus olores, permanece en su entereza, como cuerpo de amigo de Dios, a quien quiso hacer esa honra, que es muy honrador Dios de sus amigos.*

³⁵ Sobre la mortaja el emperador no dejó nada dicho. Años después cuando Felipe II se halle en el trance de la muerte, queriendo seguir el ejemplo de su padre, ordenó que dos jerónimos escurialenses *secretamente vieses el ataúd de su padre, y le midiesen, y vieses cómo estaba amortajado; y trató con D. Cristóbal de Mora cómo le habían de enterrar, advirtiéndole que le rodeasen el cuerpo en una sábana sobre la camisa y le atasen al cuello una cuerda, de donde colgase sobre el pecho una cruz de palo, como se hizo.* CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Felipe Segundo, rey de España*, Madrid, Imprenta de Iribau y Cía, 1877, t. IV, pág. 320.

Desde la madrugada del miércoles día 21 todo fue ajeteo en el monasterio de San Jerónimo de Yuste preparando la iglesia para las exequias del emperador, para las cuales se tuvo presente lo ordenado en el testamento de Bruselas (6-VI-1554); todo, bajo el signo de la sencillez.

Ordenamos que las obsequias funerarias sean celebradas y hechas devotamente y a servicio de Dios, sin pompa, como a mis testamentarios pareciera³⁷.

Junto a esto, el emperador ordenaba que le dijeran treinta mil misas (sic) en iglesias de todas las provincias de sus reinos, pagadas a real las de España y a tres placas las de Flandes y Tierras Bajas. Como obras de caridad deberán repartir sus testamentarios treinta mil ducados en tres partes iguales: para rendición de cautivos, para casar a huérfanas y en limosna a pobres vergonzantes³⁸.

Fielmente cumplieron los albaceas los deseos del emperador. La iglesia conventual fue revestida de negro *con paños de luto que había en el oficio del Guardajoyas; y con otras cien varas que se compraron, se aderezó la capilla del altar mayor lo mejor que se pudo, conforme a la esterilidad de la tierra³⁹.*

Con la documentación de Simancas, Tomás González describe así estos acontecimientos, ratificando los de otros autores y marcando alguna diferencia:

Inmediatamente que Su Majestad Imperial falleció, se empezó a lavar, ungir y embalsamar el cadáver del Emperador, vestirle y ataviarle en debida forma. Y se hicieron el ataúd, las cajas y demás necesario para llevarle a la iglesia y hacerle las exequias, conforme a lo que había dejado dispuesto en su codicilo [sic]. Se preparó la capilla mayor con los paños de luto que había en el guarda joyas de Su Majestad para cuando él hacía las honras de sus padres y su esposa. Y se envió al punto a Plasencia por 200 varas de luto, cera y demás que hacía falta, para el resto de la iglesia, haciendo el túmulo con el decoro

³⁶ El prior de Yuste asegura en su crónica que era de «tablas de castaño gruesas». ANGULO, M. de, *Vida y fin*, pág. 51. De ahí ha sido tomado por otros historiadores, cfr. SANDOVAL, P. de, *Historia del Emperador*, pág. 506. Al efectuarse el cambio en el Escorial se pudo comprobar que el emperador fue enterrado en caja de nogal.. Cfr. SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, op.cit., t. I, pág. 352. La carta anónima de un monje jerónimo se equivoca y dice que primero fue en caja de madera y al enterrarlo se pasó a una de plomo. Yuste, 27-IX-1558. Texto, en CODOIN, t. VI, pág. 669.

³⁷ *Testamento*, págs. 2-3.

³⁸ *Ibidem*, págs. 5-6.

³⁹ Carta de Luis de Quijada a Juan Vázquez, 25-IX-1558. Texto, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, pág. 680; repetido al mismo comunicante, en carta del 30-IX-1558, *Ibidem*, pág. 685.

*conveniente, adornándolo con las insignias imperial y real, y con las del Toisón y de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, coronas, cetros y diademas de todos sus títulos y dignidades*⁴⁰.

El túmulo *no grande* en medio de la capilla mayor fue revestido con un paño negro con las insignias imperiales, rodeado de hachas. Por la tarde del día 21 se celebró la vigilia de difuntos en presencia de los señores que le habían acompañado en aquella última jornada de su existencia, vestidos de luto, y también los servidores de su casa.

Durante los tres días siguientes 22/24 (jueves/sábado) se celebraron las honras fúnebres *con tanta majestad y autoridad como se pudieran hacer en la Iglesia de Toledo*; el coro de monjes de Yuste fue reforzado por las comunidades de dominicos de Sta. Catalina, y de franciscanos de San Francisco, de Jarandilla. Celebró los oficios los tres días el arzobispo de Toledo, asistiendo como diácono, un día, Fray Martín de Angulo (prior de Yuste), y otro, por Fray Juan de Regla (confesor); y como subdiáconos, dos de los padres predicadores. Predicó el día 22, el P. Fco. de Villalba. *Fundó su sermón sobre una sentencia de Séneca, que habla de la virtud. La cual vistió muy bien con lugares de la Sacra Escritura*⁴¹; el día 23 predicó el P. Jesús de San Gregorio, prior de San Jerónimo de Granada, y el día 24, el P. Francisco de Angulo, prior de Sta. Engracia de Zaragoza.

Es importante la puntualización que hace el P. Corral en su crónica sobre el sermón del P. Villalba. La oración fúnebre que hace en la misa de corpore in sepulto el predicador principal del emperador, no arranca de un texto bíblico o de los santos Padres, sino de un texto clásico no cristiano. Puro humanismo que nos confirma que en tantas ceremonias y fiestas celebradas durante siglos hay más talento personal que directriz oficial. Intuición y gusto; conocimientos y adaptación, al marco, a la función y a los espectadores⁴². No diferente fue el arranque del sermón que el mercedario Fray Juan López Salmeron hizo años después en el convento de Logroño cuando los funerales de Felipe II⁴³.

⁴⁰ Citado por CADENAS Y VICENT, V., *Carlos de Habsburgo, op.cit.*, pág. 166, nota 38.

⁴¹ *Pidiéronle muchos el sermón e hicieronse muchos traslados, y enviaron algunos a Flandes al rey don Felipe y otros a Valladolid [a doña Juana].* SIGÜENZA, J. de, *Tercera Parte de la Historia*, págs. 174-175; cfr. nota 77 de este trabajo.

⁴² En esta misma línea estuvo J.C. Calvete cuando la coronación de Carlos V: *Desde el terreno de lo concreto, de lo histórico y de la moral aplicada, se remonta a las alturas de lo lírico, de lo impalpable como la luz, de lo armonioso como la música, de lo aterciopelado como las flores, a cambio de entonar en prosa el himno más brillante que en honor del Emperador se compuso, ha de cubrir sus hombros con el manto real más esplendente que tegió el ingenio de los humanistas españoles del siglo XVI.* LÓPEZ DEL TORO, J., «El panegírico de Carlos V, por J.C. Calvete de Estrella», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 143, Madrid, 1958, págs. 99-106 (introducción), págs. 107-145 (texto).

⁴³ *Sermón de las honras que Logroño hizo.... a Felipe II*, Sevilla, 1599.

En señal de respeto, los asistentes permanecieron de pié durante la celebración de los Oficios celebrados en Yuste, ocurriendo un incidente con el conde de Oropesa, don Fernando Álvarez de Toledo, que, convaleciente de unas graves tercianas en las que le había tratado el propio médico del emperador. Viendo Luis de Quijada que un paje introducía una silla en la capilla mayor le ordenó contundentemente que la sacase; intervino a favor del enfermo el marqués de Mirabel, Comendador Mayor de Alcántara, y Quijada le dijo a don Luis de Ávila y Zúñiga que si no podía estar allí de ésa forma, se saliese, como así hizo⁴⁴.

El viernes día 23 se abrió el codicilo del emperador, hecho en Yuste el 9 de Septiembre inmediato, para conocer la última voluntad acerca de su enterramiento. Así como en el testamento había previsto ser enterrado en la Capilla Real de Granada, junto a su mujer, cuando falleciera, y en ese momento ya estaban allí depositados sus restos, ahora había modificado esta cláusula:

Digo y declaro que, si yo muriera antes y primero que nos veamos el Rey, mi hijo, y yo, mi cuerpo se deposite y esté en este dicho monasterio, donde querría y es mi voluntad que fuese mi enterramiento, y que se truxese de Granada el cuerpo de la Emperatriz, mi muy amada mujer, para que los dos estemos juntos, pero, sin embargo desto, tengo por bien de remitillo, como lo remito, al Rey mi hijo... se haga mi sepultura en medio del altar mayor desta dicha iglesia y monasterio en esta manera: que la mitad de mi cuerpo hasta los pechos esté debaxo del dicho altar y la otra mitad de los pechos a la cabeza salga fuera del, de manera que cualquier sacerdote que digese misa, ponga los pies sobre mis pechos y cabeza⁴⁵.

El calor de las fechas y los tres días que llevaba muerto, con evidentes muestras de descomposición decidieron a los testamentarios a dar sepultura al cadáver, pero antes hubo que solucionar un tema que enfrentó al arzobispo Carranza y a otros letrados (Fray Juan de Regla y D. Luis de Quijada), motivado por diferente interpretación teológica sobre la licitud de poder enterrarlo de esa forma, ya que mientras unos defendían la posibilidad, otros negaban que se pudiese enterrar bajo el altar ningún cuerpo que no fuese santo⁴⁶. La solución intermedia fue practicar un

⁴⁴ Al celebrarse la misa de cabo de año, oficiada por el cardenal Pacheco, y presidida por el duque de Alba, en representación del rey, *recordando lo dispuesto por Quijada en los funerales primeros, aguantaron en pié las exequias de su señor*. SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, op. cit., t. I, pág. 403. Y lo mismo sucedió en 1574 al salir los restos del emperador y los otros miembros de la familia real camino del Escorial. Los asistentes también permanecieron de pié. *Ibidem*, pág. 409.

⁴⁵ *Codicilo*, págs. 99 y 101.

⁴⁶ ANGULO, M. de, *Vida y fin*, pag. 69. Carta anónima de un monje jerónimo, pág. 669; Carta de Luis de Quijada a Juan Vázquez, 25-IX-1558. Texto, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, op.cit., t. III, pág. 680, nota 515.

hueco detrás del altar y de la custodia, en el muro. Por la tarde de ése día, después del Oficio litúrgico de Vísperas, en la más estricta intimidad, se procedió a la inhumación del cadáver. Momentos antes se hizo el reconocimiento del mismo y los testamentarios requirieron al prior y comunidad del Monasterio de Yuste para que recibiesen en depósito el cuerpo de Su Majestad Cesárea, hasta que Su Majestad Real dispusiese donde sea el entierro definitivo, según se decía en el Codicilo. Martín de Gaztelu, como escribano de S.M. levantó acta de la entrega⁴⁷.

Por el cargo que ostentaba estuvo presente el Corregidor de Plasencia y su tierra, don Pedro Zapata y Osorio, como se le nombra en los autos de apertura del codicilo y entrega del cadáver al Monasterio. Incomprendiblemente P. de Sandoval tiene un grave desliz y afirma en su crónica que no estuvo presente, presentándose dos días después y ordenando que por ser el monasterio tierra de su jurisdicción era necesario reconocer el cadáver del emperador, refiriendo que hubo que desenterrarlo, siendo falso, porque en las actas antes referidas figura como asistente y firma como testigo⁴⁸.

Celebrados el sábado día 24 los oficios del triduo, y después de haber comido en el refectorio con las religiosos, el señor arzobispo de Toledo hizo una sentida loa del emperador a la comunidad jerónima, a la que agradeció las atenciones tenidas con el César y con él mismo, siendo la primera dignidad de los asistentes a las exequias que abandonó el monasterio; pocas horas después lo harían los religiosos dominicos y franciscanos de Jarandilla, y otros señores los días siguientes. Se continuaron haciendo honras hasta cumplirse el novenario en que *tornó a predicar el buen Villalba, con la aceptación que el primer día, aunque no con tanta gente ni calificado auditorio*⁴⁹.

Aunque sabemos que todo el aparato funerario de Yuste fue sencillo, por expresa voluntad del emperador (*sin pompa*), y por las circunstancias de tiempo y lugar (*esterilidad de la tierra*), tenemos constancia de tres interesantes datos de tipo artístico. El primero está relacionado con el túmulo y el ornato de la iglesia, del que el infatigable Mayordomo hizo un dibujo: *Aquí envió a Vuestra Merced, pintado, cómo tenía aderezada la iglesia, para que Vuestra Merced lo vea. Y, en tan poco tiempo, no se pudo hacer más*⁵⁰. El segundo corresponde a las letras que

⁴⁷ CORRAL, H. del, *Historia breve*, págs. 140-141; cfr. t. I, págs. 355-356; GONZÁLEZ, T., *Retiro y estancia*, *op.cit.*, ff. 431-443. Texto, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, *op.cit.*, t. III, págs. 675-678.

⁴⁸ *Historia del Emperador*, pág. 507. Modernamente transmite el error V. Cadenas que pone la fecha de la supuesta exhumación el 24 de Septiembre, cfr. *Diario del Emperador*, *op.cit.*, pág. 404, luego corregido en *Carlos de Habsburgo*, *op.cit.*, pág. 141, y copia del acta en págs. 166-168.

⁴⁹ CORRAL, H. del, *Historia breve*, pág. 143.

⁵⁰ Carta de Luis de Quijada a Juan Vázquez. Yuste, 30-IX-1558. Texto, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, *op.cit.*, t. III, pág. 686, nota 518.

D. Luis Álvarez de Zúñiga, marqués de Mirabel y Comendador Mayor de Alcántara, fiel servidor del emperador, y posterior embajador extraordinario de Felipe II en Roma. Sintió tanto la muerte de su señor que, en señal de luto, pintó de negro la barra sesgada de su escudo; influyó todo lo que pudo para que, en perpetua memoria del emperador, se grabasen sus armas en edificios y templos de Plasencia, logrando que fuese la ciudad del mundo que más escudos tiene del César⁵¹. A él se deben unas octavas reales compuestas al túmulo del emperador en Yuste:

*Al pie del sacro túmulo onoroso
 donde reposa el cuerpo del gran Carlo,
 cuyo valor y brazo poderoso
 pudo vencer el mundo y sojuzgarlo,
 Ila, pastor, con rostro muy lloroso,
 Que movía a llorar sólo en mirarlo,
 con suspiros ardientes deshacía
 su alma y corazón, y así decía:
 -¡Basta, oh mi señor y mi bien cierto,
 que desta baja tierra al alto cielo
 y del furioso mar al dulce puerto
 te fuiste y me has dejado sin consuelo
 Vivo eres tú; yo sólo soy el muerto,
 pues no hay vida sin ti, mas llanto y duelo,
 porque el vivir sin quien yo tanto he amado,
 morir es con dolor, pena y cuidado!.
 ¡Ay de mí y quien fuese poderoso
 de libertar esta alma tan cautiva!
 ¡Oh, si ángel hubiese tan piadoso,
 que me llevase a ver la mi luz viva!
 ¡Quien como yo sería venturoso,
 rompiendo el velo que este bien me priva
 con tan largo esperar, que me conviene
 que en continuo llanto viva y pene!
 Doy voces con dolor la noche y día,
 llamando a mi señor, sin responderme,
 y digo: ¿dónde está quien ya me oía
 con menos ocasión para valerme?
 Mas ni el mundo, ni yo, lo merecía;*

⁵¹ SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud, op.cit.*, t. I, pág. 363. Plasencia fue también donde antes se celebraron públicos funerales por el emperador, que tuvieron lugar en la catedral nueva, el 25-IX-1558. Actas Capitulares, L. XII, f. 107v. Cfr. el ciclo de artículos del archivero M. LÓPEZ SÁNCHEZ-MOR, en *Extremadura* (diario de Cáceres), 12 de Enero de 1957 y días sucesivos.

*y considero, para sostenerme,
 que quien se venció por más victoria,
 vive y reposa con eterna gloria.
 Aunque en pensar lo que acá pasaste
 y te seguí, testigos Tajo y Rheno,
 y el Scita y Mauro, cuando navegaste
 con mil naves de armada el mar Tirreno,
 me da grande dolor, pues me dejaste,
 cuando para seguirte era más bueno;
 y porque años graves y un trocado pelo
 ayudan al deseo para el cielo.
 Esto había dicho y, suspirando aún ahora,
 Ila, pastor gentil, tornó a su llanto,
 que amor, pena, esperanza, a lo que llora,
 formaban de armonía un dulce canto.
 Firmóse el viento a oír, y el mar mejora
 su ruido y eco: sólo suena en tanto
 por montes, valles, llanos, ríos, fuentes,
 'Carlo, y Carlo', interando las corrientes⁵².*

El tercer dato se refiere a la música. No solamente los oficios litúrgicos se celebraron con tanta solemnidad (*como se pudieran hacer en la iglesia de Toledo*), tal como asegura el P. Corral, sino que poco más abajo lo declara taxativamente: *Había mucha y muy buena música de nuestra orden [¿y?] que había traído aquí Su Majestad*⁵³. Por esta escueta información podemos entrever que las honras fúnebres del emperador fueron sobrias como quería, pero nobles como pedían las circunstancias del difunto, y según un modelo existente.

Testigo mudo de todo lo que allí pasaba, mirado con la avidez infantil de sus pocos años, y visto con el orgullo de haberlo hecho posible por ser paje del señor don Luis de Quijada, fue el niño «Jeromín», sin saber que asistía a las exequias de su padre y Señor⁵⁴.

⁵² Texto, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, op.cit., t. I, págs. 362-363, nota 47.

⁵³ *Historia breve*, pág. 137. El corchete con la conjunción es nuestro porque así adquiere más pleno sentido la frase; no solamente estaba el coro de monjes -teniendo en cuenta la esmerada atención que prestaban al culto los jerónimos por carisma propio de su orden-, sino que el emperador tuvo una pequeña Capilla o grupo musical en Yuste para su entretenimiento y servicio.

⁵⁴ CORRAL, H. del, *Historia breve*, págs. 137 y 139.

LOS FUNERALES DE BRUSELAS (29 Y 30-XII-1558)

Estando en Arrás, el día 1 de Noviembre de 1558, Felipe II recibe la noticia de la muerte de su padre, e inmediatamente despacha tres correos (al mayordomo conde de Olivares, a Bruselas; al interventor Vandenesse, a Gante, y al representante del Toisón, a Lille), *a fin de juntos hablasen y preparasen todo lo que convenía sobre la pompa fúnebre de los dichos funerales*⁵⁵. El día 10 el rey llegó al monasterio de Grunendale, en el bosque de Soigne, junto a Bruselas, para guardar el luto oficial; durante esos días se ordenó que en todas las villas y ciudades doblaran las campanas durante cuarenta días —al amanecer, al mediodía y al atardecer— y que se celebrasen honras públicas con asistencia de las autoridades locales, suspendiéndose los festejos que en esas fechas de adviento se solían celebrar⁵⁶. Pocos días después (17 de Noviembre) falleció la reina de Inglaterra, esposa del monarca español; Felipe II delegó en su primo el duque de Saboya para que presidiese las honras por María Tudor, que se celebraron pocos días después en la catedral de San Miguel y Santa Gúdula.

Mientras, en Bruselas todo era actividad en los oficiales de la Casa de S.M. y en las autoridades. Artistas y artesanos de muchas especialidades estuvieron durante semanas sin levantar la mano de los diversos materiales para tener dispuesto los encargos efectuados con tan poco tiempo de margen.

La puerta principal de la catedral fue cubierta por un gran terciopelo negro sobre el que se pusieron pintados en madera el escudo de armas del emperador. La nave principal y crucero estaba forrado y toldado de paño negro sobre el que descansaba una gran cenefa de terciopelo a todo lo largo con los escudos de armas, y en la parte superior había una estructura de madera o astillero en el que lucían quinientos cirios; además, había cinco grandes candelabros de latón —tres en la nave principal y dos en la del crucero— con profusión de velas luciendo⁵⁷.

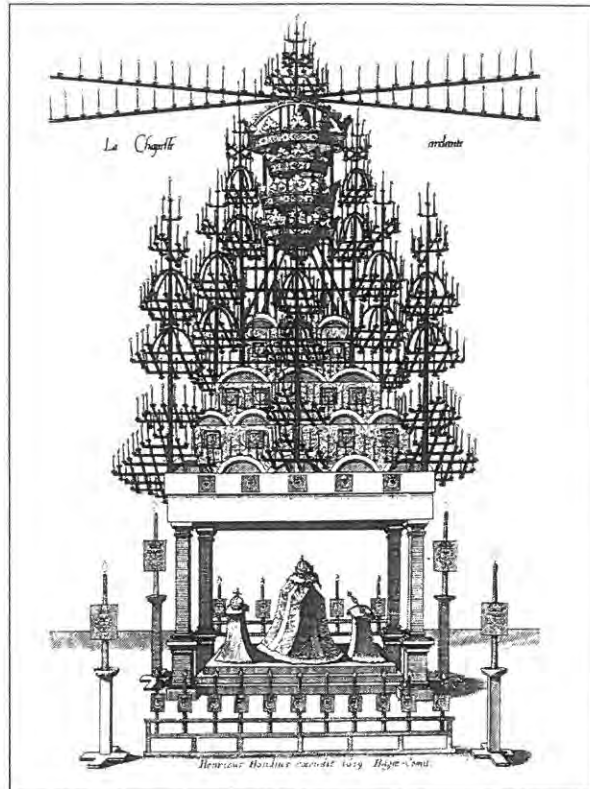
La nave central del templo se había hecho como un salón, con estrados para los asistentes, quedando de esta forma: delante del coro y junto a él, fue levantado un tablado grande sobre cuatro peldaños en el que se colocó el altar; a ambos lados se pusieron los asientos de los obispos, abades, dignidades eclesiásticas y prelados de

⁵⁵ VANDENESSE, J. de, «Diario de los viajes de Felipe II». *Texto en Viajes de extranjeros por España y Portugal*, ed. de J. García Mercadal. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999, t. II, pág. 244, ed. de A. García Simón. Siempre citaremos por esta edición. Mientras Vandenesse habla del conde de Linares, P. de Sandoval dice que fue el conde de Olivares, pero no cita a los otros, cfr. *Historia del Emperador*, pág. 509. Lo mismo la *Relación anónima*; teniendo en cuenta la coincidencia de estos dos últimos textos, citaremos sólo a Sandoval, sabiendo que el otro repite lo mismo.

⁵⁶ SANDOVAL, P. de, *Historia del Emperador*, pág. 509.

⁵⁷ VANDENESSE, J. de, *Diario*, pág. 245; SANDOVAL, P. de, *Historia del Emperador*, pág. 515.

2. Túmulo o catafalco erigido en la catedral de Bruselas, dibujado por Cock, grabado por los hermanos Doetecum, e impreso por Plantino



las órdenes religiosas y clero. A mano derecha del túmulo se colocó el sitial del rey, sobre un estrado de tres peldaños, todo cubierto de negro; tres pies más abajo estaba el del duque de Saboya, con un estrado de dos peldaños de alto; tres pies más abajo, sobre un estrado de un peldaño, estaban los asientos reservados a la nobleza; tres pies más abajo y a lo largo de la nave, se colocaron los miembros de los Consejos reales, los representantes de la Administración y de los Tribunales de los diferentes reinos (España, Nápoles y Países Bajos)⁵⁸.

A mano izquierda del túmulo, frente al duque de Saboya, se pusieron los embajadores (de S. M. imperial, de Portugal y de Venecia), sobre un estrado de un peldaño; dos pies más abajo, sobre un estrado de un peldaño, los caballeros de la Orden del Toisón; dos pies más abajo y a lo largo de la nave, se colocaron los miembros de la nobleza, como en la otra parte⁵⁹.

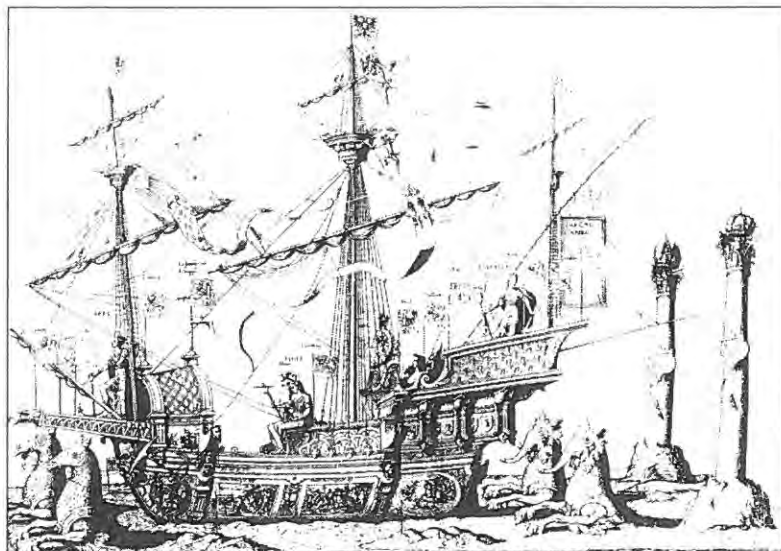
En el lado izquierdo, sobre el estrado de los embajadores, se había levantado una tribuna para los miembros de la Capilla de música que cantó en los oficios⁶⁰. A continuación se levantaron otras tribunas para las muchas señoras asistentes,

⁵⁸ Las dos crónicas que seguimos coinciden en toda esta parte, menos en la altura que separaba las plataformas de los diferentes asistentes; tres pies señala Vandenesse, y cuatro Sandoval.

⁵⁹ Lo mismo sucede aquí; dos pies señala Vandenesse como separación del nivel de los estrados, y tres, Sandoval. En ambos casos, hay diferencia de un pie entre las alturas de las plataformas, de uno y otro lado de la nave. Todo regulado rígidamente según dignidad y categoría.

⁶⁰ No sabemos si los cantores fueron sólo los miembros de la Capilla del emperador, que desfilaron en el cortejo, o la de la catedral. Vandenesse habla de *la Capilla del rey*, y Sandoval los llama *cantores que oficiaban la misa*.

3. Nave que desfiló en el cortejo fúnebre



ocupando la primera la duquesa de Lorena y sus damas. En medio de la nave, frente al túmulo, se colocaron los bancos para los portadores de estandartes, banderas, yelmos e insignias, que los ocuparon con sus respectivos trofeos.

La Capilla ardiente se levantó en la nave principal, en el tramo inmediatamente anterior al crucero, entre los cuatro pilares de la arquería gótica⁶¹. Consistía en una construcción de dos plantas que se alzaba sobre una plataforma de tres gradas: la baja era un baldaquino debajo del cual estaba un túmulo representando al féretro, cubierto de un terciopelo y un rico paño de brocado, que caía sobre las gradas, con una inmensa cruz de raso carmesí, sobre el que descansaba en un cojín la corona imperial⁶². A ambos lados se pusieron sobre dos pedestales cubiertos de terciopelo negro, sendos cojines, en los que descansaban el globo del mundo, en uno, y el cetro imperial, en el otro. Sobre otros dos cojines de tisú de oro negro estaban el collar del Toisón, la cota y la espada de armas del emperador. Toda esta estructura arquitectónica estaba rodeada de blandones con las insignias del emperador y cuatro hachones en los cuatro ángulos.

La parte superior del catafalco tenía *cuatro pisos de altura en cuadrado y tres pisos en redondo, en forma de corona piramidal. Sobre cuyos pisos redondos había tres coronas y sobre ellas la corona imperial, sobre la cual estaba el mundo... todo ello cargado de cirios hasta la cifra de tres mil, cada uno de una libra de peso*⁶³.

⁶¹ Allí lo ubica P. de Sandoval, cfr. *Historia del Emperador*, p. 515. Nos limitamos a una somera descripción del catafalco y remitimos a los buenos trabajos existentes sobre el tema de los Profesores Abella, Allo Manero, Bonet Correa, S. Sebastián, cfr. Bibliografía.

⁶² *Muy rica de prederías y de piedras estimadas en el valor de 100.000 escudos*. VANDENESSE, J. de, *Diario*, pág. 245.

⁶³ *Ibidem*, pág. 245. Da las medidas: 22 pies de largo, 18 de ancho y 20 de alto hasta el primer piso, más el segundo que tenía cerca de 76 pies.

Como elemento llamativo se fabricó para el desfile un monumental navío *muy artificioosamente obrado y ricamente dorado y pintado*, en el que estuvieron representadas las virtudes teologales, vestidas y ubicadas simbólicamente en los lugares adecuados con sus respectivas alegorías (en la popa, la Caridad, de carmesí; en el mástil mayor, la Fe, de blanco; en la popa, la Esperanza, de morado). En los flancos de la nave se pusieron unos triunfos de muy excelente mano, *representando las principales conquistas y hechos de armas del emperador: Nueva España, Perú, Génova, Milán, Viena, Túnez...*; sobre las velas de la nave, de tafetán negro, se explicaba todo en una larga relación latina:

Al emperador Carlos, César, Máximo, Pío, Feliz, Augusto, vencedor y triunfador de muchas gentes en Francia, en las Indias, en Turquía, en África, en Sajonia... Además, porque añadió a nuestro mundo otro mundo nuevo, juntando a la Cristiandad gentes extrañas, acrecentando el Imperio de España con muchos reinos y provincias... porque puso en fuga a Solimán...; porque, junto a Cartago, dio batalla al tirano Barbarroja... y porque tomó las armas de buena voluntad contra los enemigos del nombre cristiano, y nunca las tomó contra los cristianos, sino cuando le atacaban y para defenderse nao....

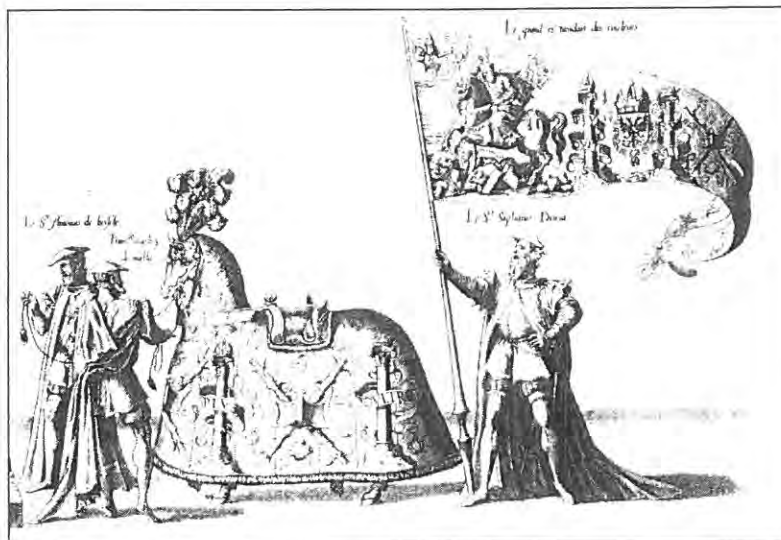
Alrededor de la nao se pusieron unos versos dedicados a las Indias y al final, como una ofrenda de los súbditos, esta oración a Dios que hacían por él:

Oh buen Dios, trino y uno, el pueblo cristiano te dedica estos títulos y trofeos, en memoria de las gestas realizadas por Carlos, César Augusto, a quien hiciste emperador de los romanos y rey de muchos reinos; cuya piedad, justicia, clemencia, prudencia, magnanimidad y fortaleza admira el orbe; el cual, bajo tus auspicios, acrecentó sus reinos y el Imperio; y, en vida, renunció aquéllos en su hijo y éste en su hermano, con ejemplo de virtudes; por lo que esperamos haya ascendido a Ti, después de muerto⁶⁴.

Los espacios libres de la nave estaban ocupados por los escudos de armas y de los reinos de su gran imperio; sobre la cubierta estaban puestos en mástiles las banderas de sus señoríos del norte: Frisia, Limburgo, Hainaut, Zelanda, Artois, Borgoña, Namur, Zuphen, Rosellón, Charleroi, Salins y Malinas. La nave iba tirada simbólicamente de una pareja de monstruos marinos; seguía a todo este maravilloso aparato, puestas por fuera, cuatro islas y las columnas de Hércules, rematadas por sendas coronas imperiales y tiradas por otro par de monstruos, con sendas cartelas en las que se leía este lema: *Domador de los monstruos de su tiempo, justamente tomaste por insignias las columnas de Hércules*. Y remata la

⁶⁴ Texto francés, en MEERBECK, A., *Théâtre funèbre*, *op.cit.*, nº 12; texto en español, SANDOVAL, P. de., *Historia del Emperador*, p. 511-512; algunos fragmentos, en SÁNCHEZ LORO, D., *La inquietud*, *op.cit.*, t. I, págs. 386-388.

4. Caballo
encubertado con
los colores y las
armas de Su
Majestad Imperial,
y el gran estandarte
con lo mismo



descripción el cronista constatando que *esta nao iba encima de una mar sin que nadie viese con qué se llevaba*⁶⁵.

Estando todas las cosas dispuestas, el rey Felipe II dejó la abadía de Grunendale y pasó a Bruselas el miércoles 28 de Diciembre para presidir las exequias del emperador que tendrían lugar el 29 por la tarde y el 30 por la mañana. El trayecto del palacio a la catedral se había cerrado por vallas dejando el espacio acotado —como una vía sacra por donde desfilarían los actores de la representación dolorosa— estando destacados a lo largo del recorrido 2000/2500 personas, jurados de los gremios y gentes de bien, que portaban antorchas encendidas de ocho libras, de las que pendía el escudo del emperador⁶⁶.

Al proclamarse el luto oficial, según la costumbre, pero ahora magnificada por las cifras, se dio paño y bayeta negros a todos los miembros de la Casa de S.M. (unas dos mil personas) para que se confeccionasen las correspondientes lobsas y capirotos, que eran las prendas tradicionales del luto; otro tanto se hizo con doscientos pobres que desfilaron en la comitiva oficial, con un hacha encendida, representando simbólicamente a las clases populares, y habiendo ejercido una obra de misericordia⁶⁷.

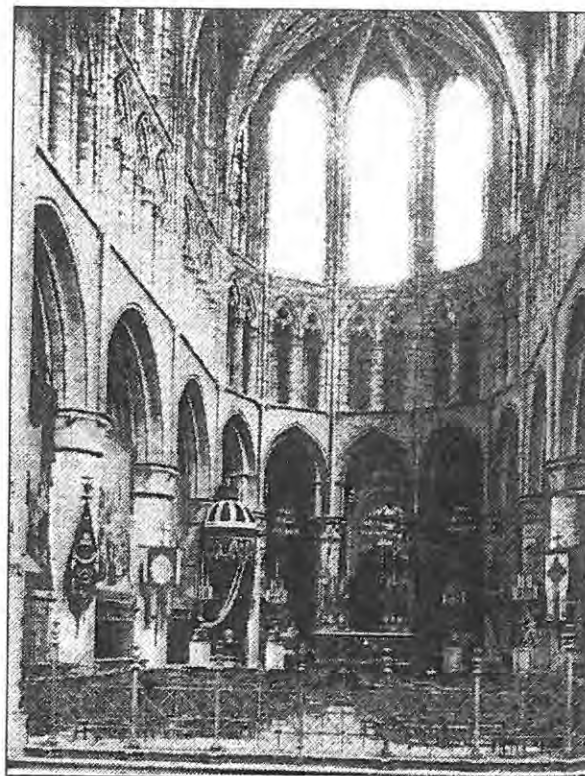
Siguiendo la descripción de Vandenesse, más explícito en este punto, debemos suponer —nada extraño por otra parte en el protocolo— que el punto de reunión de

⁶⁵ SANDOVAL, P. de, *Historia del Emperador*, pág. 512, y J. de VANDENESSE asegura que *todo ello simulaba como si navegase sobre y en las ondas del mar*. Diario, pág. 249.

⁶⁶ Mientras Vandenesse cita dos mil velas, Sandoval habla de dos mil quinientas, cfr. *Diario*, pág. 246; *Historia del Emperador*, pág. 515.

⁶⁷ Las cifras y los detalles los da Sandoval, cfr. *Historia del Emperador*, pág. 515, Vandenesse alude lacónicamente a que desfiló la casa del rey.

5. Bruselas. Catedral de San Miguel y Santa Gúdula. Interior (coro, concluido en 1273)



todos fue la catedral y, una vez formado el cortejo, se encaminó hasta palacio para recoger al rey, regresando de nuevo al templo para celebrar el Oficio litúrgico de la Vigilia de Difuntos. Según Sandoval, dos horas tardó Felipe II y la comitiva oficial en el recorrer el breve trayecto de palacio a San Miguel y Santa Gúdula (de 14 a 16 hs.), lo que da una idea del ritmo procesional y cadencioso con que desfiló solemnemente el monarca, dignatarios y séquito, entre la admiración del numeroso público congregado a lo largo del itinerario⁶⁸.

Según el protocolo, este fue el orden y la prelación de lugar que ocuparon las autoridades del cortejo fúnebre de forma resumida⁶⁹:

Autoridades eclesiásticas: obispos, abades, clero regular y secular, revestidos de pontifical, ornamentos sagrados, con cruces y velas encendidas⁷⁰.

Capellanes y Capilla musical del emperador.

Miembros de los tribunales de Cuentas y Justicia: oidores, diputados, abogados, relatores, cancilleres, secretarios, prebostes y presidentes.

Los 200 pobres.

La Casa de Su Majestad:

- Caballería.
- Oficiales y ayudantes.
- Porteros, ujieres de cámara y sala.

⁶⁸ *Historia del Emperador*, pág. 515.

⁶⁹ VANDENESSE, J. de, *Diario*, págs. 246-251; SANDOVAL, P. de, *Historia del Emperador*, págs. 509-515.

⁷⁰ Difieren las cifras en las dos crónicas. Vandenesse afirma que fueron veintiocho abades mitrados, tres sufragáneos, más los obispos de Lieja y Arrás; en total, 33 mitrados, cfr. *Diario*, pág. 246. Sandoval asegura que fueron veintiuna mitras, *Historia del Emperador*, pág. 509.

- Alguaciles, aposentadores y escribanos.
- Cirujanos, médicos, boticarios y barberos.
- Ayudas de cámara, guardarropas, guardajoyas y pajes.
- Gentilshombres.
- Trompetas y atabales.

Un rey de armas con la cota del imperio.

Estandarte (corneta) con las armas del rey.

El navío ya descrito.

Tres reyes de armas.

Nobles que conducían caballos desmontados y encubiertos con las armas de los distintos territorios y otros nobles portando las banderas de dichos señoríos, por este orden:

- Flandes, Güeldres, Brabante, Borgoña, Austria.

Un rey de armas.

Continúa el séquito anterior:

- Córdoba/Córcega⁷¹, Cerdeña, Sevilla/Sicilia⁷², Mallorca, Galicia, Valencia, Toledo, Granada, Navarra⁷³, Jerusalén, Sicilia, Nápoles, Aragón, León y Castilla.

Reyes de armas.

Nobles con las insignias imperiales: pendón, estandarte y bandera.

Nobles con cuatro escudos de armas de los cuatro linajes del emperador.

Nobles con las piezas personales de la armadura y armas del emperador: yelmo, escudo, espada y cota.

Maceros.

Miembros destacados de la nobleza que portaban las grandes insignias imperiales:

- El conde de Schawertsenburgo, el collar de la Orden del Toisón de Oro.
- El marqués de Aguilar, el cetro imperial.
- El duque de Villahermosa, la espada imperial.
- El príncipe de Orange, el globo del mundo.
- El prior de León de la Orden de San Juan (Rodas), la corona imperial.

Mayordomos con los respectivos bastones.

El duque de Alba, como mayordomo mayor, con el bastón levantado.

FELIPE II, vestido con un gran manto y cubierta la cabeza con el capirote de la loba, ayudado por los duques de Brunswich (derecha) y Arcos (izquierda), llevando la cola del manto el conde de Melito.

Detrás, sólo, el duque de Saboya, primo del rey y cubierto como él.

Los caballeros de la Orden del Toisón.

⁷¹ Evidente confusión en Vandenesse, que en los territorios italianos enumere a Córdoba por Córcega, que si pone Sandoval, cfr. *Diario*, pág. 249.

⁷² Evidente confusión de Sandoval, que incluye aquí a Sevilla por Sicilia, porque luego repite junto a Nápoles la isla mediterránea, que es donde le corresponde, Cfr. *Historia del Emperador*, pags. 513 y 514.

⁷³ Vandenesse omite la representación del Reino de Navarra en su relación.

Los Presidentes de los consejos, regentes, secretarios y señores de las Finanzas y del Despacho.

Cerraba la comitiva un capitán con cien arqueros.

Así llegaron a la catedral y ocuparon los puestos reservados, antes enumerados, menos el navío que quedó situado en la puerta principal. El obispo de Lieja presidió el Oficio de Vísperas que fue cantado por la Capilla. Al finalizar el acto, el monarca marchó a palacio siendo acompañado por toda la comitiva, menos el clero y las banderas, que se quedaron en el templo catedralicio.

Al día siguiente, viernes 30 de Diciembre, se repitió el desfile; el rey salió de palacio a las nueve y no llegó a San Miguel y Santa Gúdula hasta las 11 de la mañana. Tampoco acompañó al monarca el clero y prelados, que lo estaban aguardando a la puerta de la catedral, junto a los embajadores extranjeros; los pobres no llevaron las velas de la tarde anterior. Ofició el pontifical el señor obispo de Lieja, y pronunció la Oración fúnebre monseñor Ricardot, obispo sufragáneo de Arrás.

En el ofertorio desfilaron el Toisón de Oro seguido de los caballos, banderas e insignias, tirados y portadas por los nobles que las habían llevado el día anterior, en el mismo del cortejo, ofreciéndolas al celebrante. Muy acertadamente incluye Vandenesse unas líneas en las que explica una regla del protocolo:

Salvo y reservados los cuatro cuarteles, el cetro, el collar de la Orden, la espada de honor, la cota de armas, el mundo y la corona imperial que quedaron sobre la representación, sin ser ofrecidos. Y no hicieron al rey ninguna ceremonia como nuevo heredero del dicho señor difunto, porque largo tiempo antes de la muerte había renunciado completamente en el dicho rey, su hijo, todos los reinos y países, y estaba en real y actual posesión de ellos⁷⁴.

Como acto final de la ofrenda, bajó Felipe II de su sitial a ofrecer oro y cera por el alma de su padre: Oro, como rey; cera, como hombre (cirio encendido como difunto).

Terminada la ceremonia, salió Su Majestad hacia palacio con el mismo orden y ceremonial que a su llegada. El día siguiente (sábado 31) lo pasó el monarca retirado; el domingo 1 de Enero de 1559, según el estilo romano, Felipe II comió en público, dando por finalizado el luto oficial por la muerte de Carlos I/V; el recuerdo y la presencia de su padre —a veces oprimente— le acompañaría toda su vida.

⁷⁴ *Diario*, pág. 251. Esas insignias representaban simbólicamente la memoria de Carlos I/V, ya que en esos momentos tenían sus legítimos propietarios y herederos: Fernando I y Felipe II

LA ORACIÓN FÚNEBRE

Después de realizada la presentación de las ofrendas, ocupó la Cátedra Sagrada el obispo Titular de Nicópolis, sufragáneo de Arrás, don Francisco Ricardot, que pronunció el panegírico del emperador en francés⁷⁵.

El sermón se inscribe en el modelo laudatorio funerario donde el orador va repasando la vida del difundo, exaltando las acciones más sobresaliente de su existencia, y mostrándolas como ejemplos de virtud del finado —política y religiosa—, y vinculándolas a figuras y símbolos de la Sagrada Escritura⁷⁶. Frente al esquema clásico, en el que el autor parte de un texto bíblico⁷⁷, que le sirviese de pórtico e hilo conductor para aplicar alegóricamente al difunto, nuestro orador arranca elogiando al hombre excelente por los beneficios que de su vida se puede sacar⁷⁸:

El honor que les repartimos en sus funerales y obsequias [de los grandes hombres] no puede dejar de hacerlos grandemente fructuosos y aprovechables...⁷⁹.

Así lo hicieron los bárbaros y los paganos; pero, además, los cristianos celebramos estas pompas como manifestación externa de nuestras creencias. Y a continuación pone el más sólido argumento de todo el sermón, justificando la celebración de honras fúnebres y vinculándolas a la muerte de Cristo:

Y como en tales honorables pompas la Iglesia nuestra madre aplica, además de sufragios y devotas oraciones, la alta victoria y precioso sacrificio del cuerpo y la sangre de Jesucristo, nuestro salvador y redentor, tanto más religiosamente

⁷⁵ *Le sermon funèbre fait devant le roy... aux obseques de l'empereur Charles cinquiesme...*, Amberes 1559. Texto castellano, en VANDENESE, J. de, *Diario*, págs. 251-259. En latín lo pronunció el napolitano J. P. Flavio, familiar del papa, en los funerales celebrados en la iglesia de Santiago de los Españoles de Roma, el 4-III-1559; y en castellano lo había hecho San Francisco de Borja en los de Valladolid.

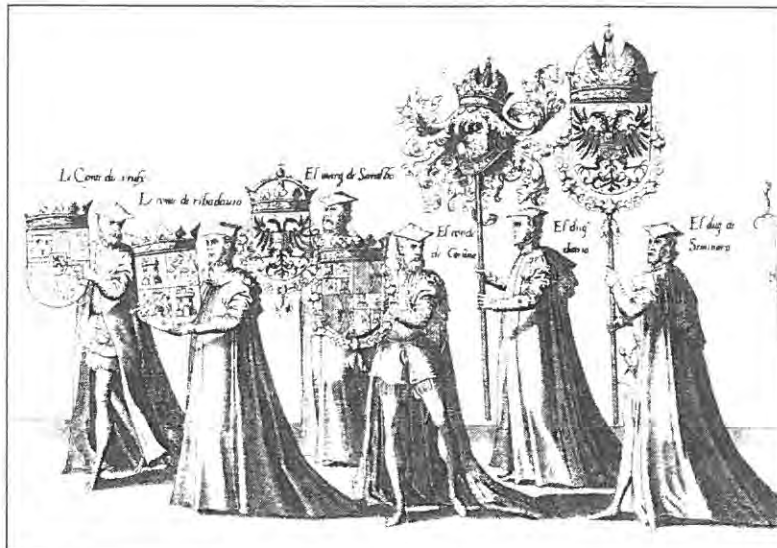
⁷⁶ HERREO SALGADO, F., *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1996, t. I, págs. 328-355.

⁷⁷ No siguió este comienzo el predicador imperial P. Fco. Villalba en la oración fúnebre de Yuste, cfr. CORRAL, H. del, *Historia breve*, pág. 137, cfr. nota 41 de este trabajo. Compárese con el pronunciado por San Francisco de Borja en los funerales del emperador celebrados en Valladolid y organizados por la princesa D^a Juana. *Tomando por tema del sermón aquellas sentidas palabras del Profeta: Ecce elongavi fugiens, mansi in solitudine: Alejéme, y huí y permanecí en soledad. Trató del gran valor y admirable consejo con que el Emperador dio de mano al mundo, y se despidió de él antes que el mundo le despidiese*. RIBADENEYRA, P. de, *Historia de la Contrarreforma*, Madrid, Bibliotheca de Autores Cristianos, 1945, págs. 737-738; SANDOVAL, P. de, *Historia del Emperador*, pág. 508.

⁷⁸ Este sería el esquema seguido posteriormente en sus sermones por el gran orador trinitario Fray Hortensio Félix Paravicino, cfr. Herreo Salgado, F., *La oratoria*, op.cit., pág. 335.

⁷⁹ RICARDOT, F., *Le sermon...* Texto, en VANDENESE, J. de, *Diario*, pág. 251. Siempre citaremos por esta edición.

6. Escudos de armas con los cuatro cuartos de linaje del emperador: Borgoña, Castilla, Maximiliano de Austria y Fernando el Católico



debe ser entre los cristianos mantenida esta manera de rendir tales honores funerarios a los que los merecer⁸⁰.

Después vincula alegóricamente la actuación del emperador a la visión apocalíptica del profeta Ezequiel y San Juan de las cuatro figuras: hombre-prudencia, buey-trabajo, león-magnanimidad y águila-diligencia⁸¹.

La prudencia fue en el emperador como la columna de fuego que iluminó a los israelitas en su difícil peregrinar por el desierto; el trabajo cotidiano fue la clave para conservar y acrecentar el imperio (como Filipo de Macedonia o David de Israel), así como la ociosidad fue la ruina de los imperios de la antigüedad (Baltasar en Babilonia, y Darío en Persia); demostró la magnanimidad conservando la modestia en las cosas prósperas y no perdiendo el corazón en las adversidades; la tolerancia la ejerció con gran corazón, pues siempre fue lento en tomar la espada de la guerra y sólo la tomó siendo forzado por las circunstancias, o como respuesta a ofensas previas⁸².

Mostrando a continuación la figura del César como la de un caballero cristiano por encima de todo:

Y diré en primer lugar, resueltamente, para hacer ver su gran piedad, que el principal fruto que buscó de todas sus victorias fue el reposo público de los cristianos, la unión de la Iglesia, el honor y gloria del santo nombre de Dios: cuyas victorias persiguió verdaderamente, no para hacer su ambición, sino para

⁸⁰ *Ibidem*, pág. 252.

⁸¹ Ez. 10, 14; Jn. 4, 7.

⁸² RICAHRDOT, F, *Le sermon*, págs. 253-256

*satisfacer a la justa afección, la cual siempre ha conseguido en la total pacificación, defensa y protección de la Iglesia*⁸³.

Los grandes enemigos de su reinado fueron —como los anunciados por San Juan en el Apocalipsis (sic), Gog y Magog⁸⁴— árabes y turcos; tan peligrosos que las invasiones de los bárbaros parecen rocío junto a las desgracias que ocasionaron estos monstruos. Las dos Casas sobre las que se asentaba Carlos I/V impulsaron la victoria.

*Pero Dios, que no olvida el hacer misericordia a los suyos, ha fundado contra esos dos rayos dos poderosos escudos para la defensa de los cristianos: la casa de Castilla y de los otros reinos de España contra los bárbaros sectarios de Mahoma, y la de Austria contra los turcos*⁸⁵.

Todavía apunta la vieja concepción de que el emperador cristiano es el defensor nato de la Iglesia de Cristo; su valor debe estar al servicio de la fe, sirviéndose de la fuerza y la justicia⁸⁶.

Siguiendo el ejemplo de las Sagradas Escrituras, lleno de trabajos y fatigas, tuvo la valentía de vencer la última batalla contra si mismo —la vanidad y el orgullo—, y:

*remitió la carga de sus reinos y países en las manos de la majestad del rey su hijo, habiendo reconocido la prudencia, la diligencia y las virtudes requeridas para llevar bien una tan grande tarea*⁸⁷.

Es importante notar la clara alusión del predicador a Felipe II, que preside los funerales, sin hacer mención a Fernando I que heredó la otra parte del imperio carolino y no estaba presente.

Luego viene la consideración del retiro monacal para fortifica su fe como virtuoso soldado de la milicia cristiana, y prepararse para el último duelo en el que «No tenemos la elección de armas», y finaliza con unas palabras ejemplarizantes para todos los oyentes, pronunciadas en primera persona, como una súplica personal de cada uno de los presentes a Dios. La muerte es un hecho contundente que no perdona a nadie y la tenemos que afrontar cada uno de los mortales solo. Entonces, únicamente cuenta la misericordia de Jesucristo, que también es juez:

⁸³ *Ibidem*, pág. 257.

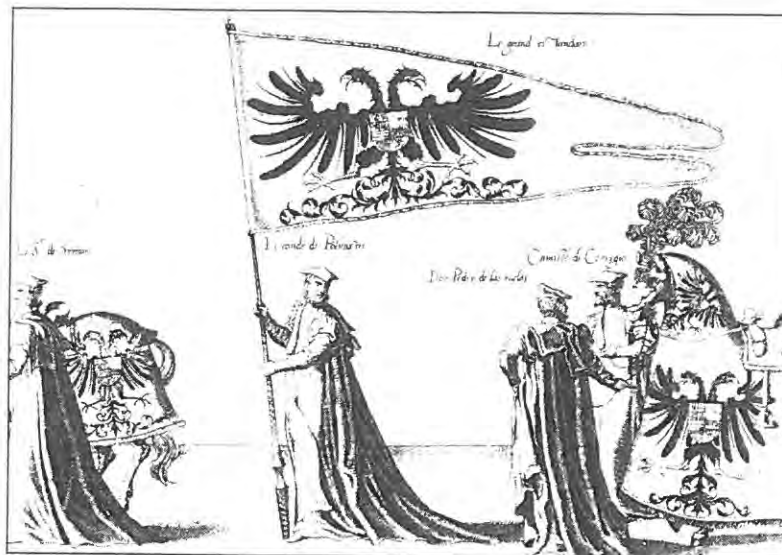
⁸⁴ Se equivoca el obispo, porque Gog y el país de Magog son citados por el profeta Ezequiel, cap. 38.

⁸⁵ RICHARDOT, F., *Le sermon*, pág. 257.

⁸⁶ *Ibidem*, pág. 258.

⁸⁷ *Ibidem*, pág. 258.

7. Caballos
encubiertos y
gran estandarte
con el águila
imperial



Sabemos muy bien que para llegar a vos es preciso entrar no por el alto y sublime portal de la justicia, sino por la puerta baja de la humildad, diciendo humildemente y bajando la cabeza: Peccavimus nos et prophete nostre, sacerdotes et reges. Por lo tanto, no queremos quitar a aquel por quien os rogamos del rango de aquellos que conocen tener necesidad del mérito de vuestro Hijo, y pasar por la cancillería de vuestra gracia, más bien pasar por el estrecho y severo juicio de vuestra justicia⁸⁸.

CONCLUSIÓN

Tras la muerte de Carlos I/V en las grandes ciudades del imperio (Europa, España y América), y las capitales de las monarquías occidentales e incluso orientales (Solimán organizó oficios religiosos en Constantinopla), se celebraron solemnes honras fúnebres por el eterno descanso del emperador. Por las circunstancias de nuestro trabajo nos hemos limitado posiblemente a las dos más significativas: Yuste y Bruselas.

Así como las exequias de Yuste son íntimas y personales, las de Bruselas son públicas y oficiales; en el monasterio de San Jerónimo se cumplió la voluntad del emperador, y en San Miguel y Santa Gúdula se ajustó al protocolo establecido para este tipo de ceremonias, aunque la estructura de ambas estuvieron sometidas a un modelo funerario común en la Europa Occidental.

Austeridad y nobleza fueron las coordenadas en las que se enmarcaron las honras de Yuste que se engrandecieron más porque adecuaban el marco monástico

⁸⁸ *Ibidem*, pág. 259.

y el paisaje sobrio de la Vera con la celebración que las motivaba: cumplir cristianamente con la obra de misericordia de enterrar a los muertos y pedir a Dios por su eterno descanso.

Fastuosidad y rúbrica son las pautas que rigen los funerales de Bruselas (comitiva, túmulo y ornamentación, etc.); aquí todo está fijado previamente; cada personaje actúa según su categoría y su cargo. Son actores que representan una función estamental cuasi sagrada, y sabemos que el ceremonial es algo frío que está sometido a reglas —por eso el rito atrae a los sentidos— donde la belleza del todo depende de la armonía de las partes. Eso no empece para que, según la sinceridad de las creencias personales, cada participante viva íntimamente una experiencia religiosa durante esa solemne celebración.

Los artífices en ambos funerales (artistas y artesanos, predicadores, capillas musicales, etc.) actúan con arreglo a su formación; es su cultura la que se pone en juego para cumplir la misión con dignidad, y que los espectadores y oyentes comprueben la valía personal de cada uno de ellos. Hay en esto menos ideología e imagen oficial del poder de la que algunos investigadores modernos defienden con tanta tenacidad.

No convendría olvidar los aspectos personales y psicológicos de los diseñadores y programadores de los modelos (vanidad, reconocimiento social...), el orgullo nacional (engrandecimiento de la República frente a otros Estados), y el juicio del público que elogia unos ejemplos y rechaza otros. Todos estos factores influyen más de lo que se dice por escrito —y se cree— en la creación de los modelos que luego se difunden y aceptan, se enriquecen y se mezclan, evolucionando de forma espontánea y anónima, enriquecidos por la impronta cultural del artista específico, que de forma consciente colabora en cada caso, recreando el modelo.

Hay modelos, porque el hombre vive en sociedad, que es donde se generan los comportamientos según normas, y los modelos surgen de los artistas y los humanistas de esta época en la medida que ponen su saber y sus creencias, su inspiración y su técnica, al servicio del Estado, de la Iglesia, de los señores, las instituciones..., para engrandecer y solemnizar un acontecimiento, que se rige por unas reglas comunes. Estaban arraigados en la sociedad y circulaban por todas partes, tanto los modelos visuales (imágenes), como los auditivos (música) y los literarios (mixtos). Surgen de forma anónima y son aceptados por la sociedad de cada época. Es el inconsciente estético colectivo, que, como patrón, se extiende por todo el Occidente, cubriendo las necesidades de los consumidores —actores y espectadores—, transformado en ceremonia palaciega, en celebración laica, en liturgia religiosa, en rito festivo, en costumbre popular...

En Yuste predominó el oficio religioso; en Bruselas sobresalió la ceremonia civil. En el primer caso, quedó vagando en el ambiente la melancolía del fin, acentuado por los tonos pardos y ocres del otoño de la Vera; en el segundo, las imágenes

deslumbrantes de la celebración sobrecogieron tanto a los participantes como a los espectadores, por el boato del montaje. Fugaces en el desarrollo, intensas en la vivencia, perdurables en la memoria, porque, pasadas al papel, sirvieron para conocerlas y recordarlas, pero, sobre todo, para inmortalizarlas como modelo de funerales de Estado.

RETRATO DEL EMPERADOR

Fue Carlos V de mediana estatura; de naturaleza felicísimo. Muy firme en los sucesos prósperos o adversos. Jamás lo venció la cólera, i el deseo de venganza. Tenía los ojos azules y llenos de modestia y alegres. Tuvo la nariz un poco aguilieña. Traía poca barba; hacíase cortar los cabellos hasta mismo las orejas como los emperadores romanos. Fue de complexión muy sana siendo mozo, y cuando fue viejo fue muy trabajado de la gota y otras enfermedades que le causaron los trabajos de la guerra. Fue muy reglado en comer y beber y en los otros placeres fue muy católico cristiano; fue amador de virtuosos y buenos cristianos, y letrados; fue enemigo de aduladores. Fue de tan admirable memoria, que a cualquiera que una vez le hubiese hablado en un negocio, y pasados diez años o mucho tiempo, le volvía a hablar en algún negocio, u otro, lo conocía, y le decía que le había hablado sobre ello otra vez, tal año y día y en tal parte. Fue liberal con la gente de guerra y capitanes, y cuando estaba en la guerra hablaba familiarmente con sus soldados, y por esto era más querido y amado de todos. Amó la justicia y templanza y clemencia. Fue grande Historia de caballo y gran sufridor de trabajos, fue amigo de pinturas y así estimó mucho a Ticiano Vitellio, pintor excelentísimo, y hablaba con él familiarmente muchas veces, y decía que había hecho bien Alejandro Magno en haber honrado tanto a Apeles; estimó tanto a Ticiano que lo armó caballero y le dio renta con que viviese honestamente. Y de presente es muy querido del príncipe Filipo su hijo. Dexó tres hijos legítimos y dos naturales, que fueron: a Filipo, rey de España, su sucesor; a María, reina de Bohemia, y a doña Juana, reina de Portugal. Y los naturales fueron: Margarita, mujer del duque Octavio, y el serenísimo don Juan de Austria, gloria de nuestro siglo. Vivió cincuenta y siete años y siete meses y veinte y un días; fue emperador treinta y ocho años, y rey cuarenta y cuatro. Fue el más valeroso, justo, piadoso y glorioso príncipe que ha habido en el mundo; su muerte fue muy sentida y llorada. Hizo sus honras el rey Filipo su hijo en Bruselas, donde estaba, cuando el emperador su padre murió. Mandóse enterrar en Granada en la Capilla Real que allí fundaron los católicos Reyes don Hernando y doña Isabel sus abuelos. Y no hay duda que según vivió, su ánima está en el cielo gozando de Dios y de su gloria y bienaventuranza.

(Alfonso de Ulloa, *Vita dell' Invittissimo e Sacratissimo Imperator Carlo V*, Venecia 1560. 3ª ed. 1566, pp. 336-337. Traducción del Dr. Dispero, sin editar. Biblioteca Real del Escorial, Ms. Ç.IV.7 y 8; seguimos esta traducción libre, ms. Ç.IV.8, ff. 399-401. Con pequeñas variaciones es la que reproduce J. A. de Vera y Figueroa, conde de la Roca, en su *Epítome de la vida y hechos del invicto Emperador Carlos V*).